

CALLUM MILLER Y EL ENVIADO DE HADES (I) de Volt

Todo comenzó una noche tormentosa de Hallowe'en. El día de los muertos. La noche más mágica del año. Todo eso y demás otras porquerías que le hayan metido a uno en la cabeza. Era un día normal en la casa de los Miller, como cualquier otro miércoles por la noche.

Callum, el hijo de siete años de los señores Miller, sabía lo que era Hallowe'en. Creía en Hallowe'en, quería participar en Hallowe'en, pero sus padres se lo prohibían cada año. Parecían creer que algo malo pasaría ese día, pero nunca le decían a Callum el qué iba a pasar.

Aparte de ser su cumpleaños. En clase era el único que no iba disfrazado y por eso los demás niños no compartían sus golosinas con él. Era horrible ser el único que no pudiera disfrutar de Hallowe'en, y más cuando era su cumpleaños.

La cuestión, que era de noche y llovía. No había dejado de llover en toda la tarde, una lluvia pesada que parecía preceder una tempestad. Mamá había dicho que “el cielo lloraba por la muerte de alguien” y papá había asentido con la cabeza, apesadumbrado.

Y entonces todo se había vuelto raro. Papá y mamá se habían mirado y le habían hecho ir a su habitación a dormir sin siquiera despedirse de Calcetines, su gato atigrado. Era su tradición cada noche y esa noche la había violado. Callum sintió que una entidad superior, un dios quizás, le castigaría por eso.

No consiguió dormirse. Desde la ventana se veían los truenos ocasionales y luego retumbaba por toda la casa, sobre todo en los cristales de las ventanas. ¿Cómo podía uno dormirse con semejante espectáculo de luces y sonidos?

Un rayo cruzó el cielo de izquierda a derecha, iluminó la habitación —una normal para un niño de siete años, con sus juguetes y un escritorio pequeño para dibujar —y el resplandor se fue. Callum se tapó con la manta.

—Tú.

Una voz cavernosa resonó en la habitación. Sonaba desde la esquina donde estaba la caja que contenía todos sus peluches. Otro rayo cruzó la habitación y Callum lo vio con claridad: un hombre alto y delgado, ataviado con túnicas negras y extrañas cicatrices en la cara, que le hacían parecer deformado incluso.

—Tú serás mi encarnación, muchacho. Nacido en la noche mágica bajo una luna roja... Sí, tú serás el elegido. Arrodíllate ante mí, ante Hades, el rey del inframundo.

Callum se quedó congelado un momento. Ese hombre decía que le había elegido singularmente a él —¡a él y no a otro! —pero también parecía un cultista tétrico capaz de secuestrarle. Optó finalmente por la opción más segura.

—¡Mamá! ¡Papá!

El intruso chasqueó la lengua y los dedos de forma muy visible, y desapareció de la escena. Callum sintió algo recorrerle el cuerpo, un frío helador que le daba cosquillas en los pies, y se cubrió aún más con la manta.

Se escuchó un maullido en la puerta y Calcetines entró, perezoso. Ronroneó y se subió a la cama, justo a sus pies. Callum tuvo un mal presentimiento, como si Calcetines no debiera estar ahí, acercándose poco a poco a él.

Llegó a su regazo y se frotó contra la camiseta del pijama, ronroneando como si supiera que su humano estaba estresado. Callum dejó la mano encima de la cabeza del pequeño gato atigrado y después de un momento, el animal se frotó contra ella.

Fue como si una sensación sobrenatural le poseyera, como si de repente no pudiera respirar, y luego todo volvió a la normalidad. Calcetines se desplomó sobre su regazo, inerte.

—¿Callum? —mamá preguntó al final del pasillo.

¿Por qué Calcetines no se movía? No le había enseñado el truco de hacerse el muerto —no le había enseñado ningún truco porque el gato se negaba a hacerle caso —y ahora lo estaba haciendo a la perfección.

—¡Mamá! Calcetines —

¿Qué iba a decir? No sabía qué había pasado, sólo tenía la vaga sensación de que todo aquello era culpa suya. No tuvo tiempo de pensar en nada más, mamá, con sus rulos en el pelo negro y la nariz de botón, apareció en el dintel de la puerta.

—Callum, ¿qué pasa? Espera, ¿qué le ha pasado a Calcetines?

—Había —había un tipo raro allí, en esa esquina, y luego ha venido Calcetines y le he acariciado y —mamá... ¿Está muerto?

—Oh, cariño, seguro que no, nos estará gastando una broma. ¡Harold! —llamó a papá. En unos segundos ya estaba allí.

—¿Pero qué ha pasado aquí?

—Había un hombre raro allí, y he acariciado a Calcetines y —y —

—Tranquilo, tranquilo —Papá se acercó a la cama y movió a Calcetines lejos de Callum. —, lo importante es que tú estés bien.

—Estoy... Bien. Papá, Calcetines... No sé qué ha pasado.

—Tranquilo, ya te ha dicho tu padre que no pasa nada, Calcetines volverá a estar con nosotros en un periquete, sólo le ha dado un vahído.

Mamá le puso las manos en las mejillas. Al instante se puso tensa, se escuchó un ¡boom! amortiguado y se desplomó al suelo. Su cuerpo quedó como el de un títere con los hilos rotos, sus ojos abiertos y cristalinos, su boca ligeramente abierta.

—¡Mary! ¿Qué has hecho, Callum? ¿Esto has sido tú?

Papá le cogió del antebrazo desnudo; se escuchó un ¡boom! y el hombre se desplomó sobre la colcha de la cama de Callum, sin vida. Sus ojos seguían abiertos y su cara había relajado su rictus agresivo de antes.

Callum se quedó en silencio, mirando alrededor. Se había sentido... Bien. Pero mal. Mamá y papá estaban muertos, lo sabía, tenía que ser así, ellos no jugarían con cosas de semejante magnitud. Podía dudar de Calcetines, que no era el que más verdades soltaba en casa, pero no de mamá y papá.

Y sin embargo, algo le había recorrido el cuerpo cuando papá y mamá le habían tocado —incluso cuando Calcetines había puesto su cabeza contra la palma de su mano —y no era una sensación que Callum calificaría como negativa. Era electrificante, un subidón que se pasaba al momento, como cuando uno va a abrir el regalo de cumpleaños del tío guay —o eso creía, Callum no tenía tíos... Ni abuelos.

Como cualquier niño de siete años, Callum se echó a llorar. ¡Papá y mamá no estaban! ¿Qué iba a hacer sin ellos? Ellos eran papá y mamá, no había otros como ellos, nadie que los reemplazara. El mero pensamiento de reemplazarlos le provocó una arcada.

No supo cuanto rato estuvo ahí, en la cama, con Calcetines en su regazo, papá en sus piernas y mamá en el suelo. Todo aquello era tan macabro como el hombre con cicatrices que había empezado todo. ¿Era acaso su culpa? ¿Le había maldecido?

Los servicios de emergencia le encontraron en el salón de la casa, sentado en el centro del sofá morado, muy quieto. Todavía no podía creer lo que había sucedido en el piso de arriba, y no iba a subir allí por nada del mundo.

—¿Callum Miller? —preguntó una señora vestida con colores fluorescentes. Se sentó a su lado y trató de tocarlo, pero Callum se echó a un lado.

—¡No! No me toque... Si me toca... Morirá. Como... Como mamá y papá... Y Calcetines... Ellos... Es mi culpa.

Tres hombres fornidos entraron en la casa. Se les podía ver subir las escaleras desde el sofá morado donde Callum y la señora estaban sentados. Ella bufó suavemente sin creerle y puso una mano sobre la otra.

—Tus padres no están muertos porque tú hayas hecho nada, Callum. Habrá sido un accidente, ya verás cómo hay una explicación racional a todo esto.

Y la mujer acercó la mano. Callum se alejó en el sofá inmenso de color morado, pero ella le agarró del brazo desnudo antes de que pudiera huir a un lugar seguro.

¡Boom! La señora cayó al suelo, desplomada como un títere sin vida ni cuerdas que lo sujetaran. El peor pronóstico de Callum se había confirmado, realmente estaba maldito. Gritó sin poder evitarlo —antes de pensar que lo mejor sería salir corriendo de allí.

Uno de los hombres fornidos que había subido al primer piso bajó con la cara contraída en una mueca confundida. Vio a Callum en el borde del sofá, a la señora de los servicios de emergencia en el suelo y en seguida sacó el teléfono.

—Tranquilo, muchacho, tranquilo. Sé que estás asustado, pero quédate ahí quieto y sin tocar nada y todo se arreglará.

El hombre tecleó un número en el teléfono y murmuró algo cuando le cogieron en la otra línea. Estuvo hablando menos de medio minuto con la otra persona mientras bajaba lo que quedaba de escaleras.

—Muy bien. Muy bien, muy bien, haremos como tú dices. Saint Mary es el mejor orfanato para un caso como el suyo.

El hombre entró en el salón. Callum se levantó del sofá y se pegó contra la pared en la otra esquina del salón. El hombre levantó los brazos en señal de paz.

—Escucha, chico, esto es lo que vamos a hacer. Te llevaremos al orfanato Saint Mary, está en Walthamstow. Te quedarás allí unos años hasta que sepamos que hacer con tu caso.

—¿Mi caso?

—Mi contacto dice que eres un enviado de Hades. Yo digo que es todo una gran tontería. Pero la realidad es que estás maldito, que no puedes tocar a nadie sin matarlo.

—Es... Es lo que pasó con papá y mamá y Calcetines... Yo los toqué y ellos... Boom.

—¿Boom?

—Se escuchó ese ruido, como una explosión pequeña. No con Calcetines, con él no. Pero con la señora —Callum señaló a la señora en el suelo —sí.

—Coincide con la prognosis del resto. Su corazón estalló. Muerte instantánea, súbita, sin dolor.

—Entonces, ¿están —?

—Muertos, sí. No hay marcha atrás de esto, Callum.

El hombre le preguntó por sus prendas de invierno y le hizo ponerse chaqueta, pantalones largos y guantes. Le dio una de sus mascarillas quirúrgicas mientras los otros dos hombres murmuraban al fondo del recibidor.

—Jefe, ¿estás seguro de esto?

—Más de lo que lo he estado en mi vida. Tú no preguntes, tan sólo sígueme.

—Sí, jefe. Confío —confiamos —en usted.

Salieron de la casa, Callum primero y los de servicios de emergencias después. Nadie se atrevía a tocarlo —y hacían bien en ser renuentes. Callum se sentó en el asiento del copiloto y el hombre con el que había hablado se sentó en el asiento del piloto.

—Vamos a llevarte a Saint Mary. Ya verás cómo te cuidan bien allí, evitan... Que pasen estas cosas.

Callum no lo tenía tan claro. Pasaron por calles llenas de gente —a Callum se le aceleró el pulso de sólo pensar en la cantidad de gente que podía matar —y cruzaron un puente, Forest Road, que cruzaba sobre los humedales de Walthamstow. Cinco minutos más tarde estaban frente a la entrada de Saint Mary.

Había un pequeño patio de cemento gris en la entrada del complejo. La entrada era blanca, con unas escaleras enmohecidas en las juntas; el resto del edificio era de ladrillo rojo, con ventanales blancos con palillería blanca.